

Prólogo a la edición española

Escribir estas breves páginas es para mí más que un honor. Es realmente una obligación, un gesto de responsabilidad. No se trata por ello de recurrir a un tópico conocido. Se trata de acompañar desde un principio el itinerario de una obra que debe irse abriendo camino en nuestra literatura teológica y misionológica. Porque es una necesidad.

La obra de los profesores S. B. Bevans y R. P. Schroeder aportará sin duda un notable enriquecimiento y un germen de fecundidad para la reflexión teológica y misionológica en lengua española. Hay que felicitar por ello a todos los que han hecho posible su aparición en un tiempo relativamente breve desde su publicación en inglés. En el escenario de nuestra vida eclesial se requieren obras como ésta para seguir avanzando hacia la misionología (y, podemos decir también, hacia la teología) que buscamos. Es una tarea que deberemos seguir realizando en cada momento histórico. Pero debemos comenzar ya desde ahora. Es nuestra responsabilidad.

Como indica el subtítulo, las *constantes* del misterio cristiano no son accesibles, realizables y comunicables más que en *contexto*. Por ello esta obra responde a una necesidad. Como se indica en el título: hay que elaborar una *Teología de la misión para hoy*, para nuestro momento histórico. Así estaremos preparados para seguir manteniendo las mismas constantes en los diversos contextos que vaya abriendo la historia de la humanidad. Porque ésa es la vida misma de la Iglesia, el sentido histórico del cristianismo.

Hacia la misionología que buscamos

Según lo dicho, la lectura de esta obra trae a la memoria la empresa que en su tiempo protagonizó Aristóteles. También él, recogiendo la experiencia del pasado desde el horizonte de la propia época, se vio obligado a un modo de experiencia y a un modo de pensamiento que no acertaba a designar por su nombre. Se le imponía la necesidad de elaborar una ciencia («la ciencia que buscamos») que estuviera a la altura del momento, de las necesidades de la época. No llegó a aportar el nombre adecuado para designar aquello que buscaba y que él ya estaba iniciando. Después se la llamaría «metafísica». Ahora bien, la herencia de Aristóteles no fue la designación. Fue el modo de situarse en la realidad y de relacionarse con ella.

La misionología nació hace algo más de un siglo porque había una realidad en la Iglesia y en la sociedad que merecía ser estudiada por sí misma. Su estatuto y su identidad iban a estar sin embargo expuestos a debates, a incertidumbres, a tanteos, incluso a superficialidades y banalizaciones. No podía ser de otro modo. No resultaba fácil distinguir y percibir lo que había de constante y lo que había de contexto en aquellas reflexiones que se denominaban *misionología*. No obstante, la conciencia de la Iglesia no podía ya prescindir de ella, pues hablaba de algo fundamental: algo en lo que estaba en juego el ser de la Iglesia y la presencia de la novedad cristiana en el mundo. Se iniciaba –gracias a la actividad misionera– la experiencia de una Iglesia mundial, que debía por ello relacionarse de otro modo con la evangelización del mundo.

La misionología, sin embargo, viene padeciendo una marginación clamorosa por parte del conjunto de las ramas de la teología, que parecían –ellas sí– haber encontrado lo que buscaban. La misionología quedaba restringida a aquel conjunto de actividades que se denominaban «misiones» y que en definitiva afectaban o interesaban a un número reducido de personas. Esa impresión, sin embargo, iba a ser desbordada por la historia misma. Había que buscar por ello la misionología que expresara adecuadamente lo que estaba en juego.

En el plazo de una generación la situación ha cambiado sustancialmente. Podríamos hablar incluso de «la revancha de la misionología». De la periferia de los intereses eclesiales ha pasado a su centro. De ser una aplicación de principios generales a circunstancias concretas se ha convertido en el eje de la vida de la Iglesia. *Redemptoris missio* de Juan Pablo II (1990) puso de relieve el trastocamiento radical de situaciones que se había producido en la civilización globalizada y por tanto también en la actividad misionera. Los viejos conceptos no valían para dar razón de las nuevas realidades y necesidades. La misión de la Iglesia seguía estando en sus comienzos. La misión sería cada vez más la clave hermenéutica del destino del cristianismo.

La misionología pasaba a ser con más fuerza «la ciencia que buscamos». Porque la necesitamos. Es urgente seguir buscando el modo de hacer presente el cristianismo en la universalidad tan compleja que caracteriza nuestro mundo. Obras como ésta nos enseñan a ampliar el horizonte para descubrir que hay una constante que pugna por hacerse presente de modo acorde con nuestras circunstancias históricas. Esa constante debe ser vivida y explicada teológicamente en nuestro contexto.

Hacia la teología que buscamos

El trastocamiento de situaciones no afecta solamente a la misionología. La universalidad de la nueva experiencia histórica deja des-colocada a la misma teología. Es la teología misma la que debe buscar su propia identidad, su método peculiar y su lenguaje adecuado. Y ello no puede hacerlo más que pasando a través de la misión. De la misión tal como se ha ido realizando a través de los siglos y tal como se sigue realizando en la actualidad.

La obra de los profesores Bevans y Schroeder puede contribuir a que la teología despierte de su «sueño dogmático» para que se deje iluminar por la luz del horizonte inmenso de la misión. Para que viva desde su raíz esa constante que se ha ido modulando de modos diversos a través

de la historia. Sólo de este modo la teología podrá alcanzar la figura que hoy necesitamos.

La teología no puede cumplir su función y su servicio en la Iglesia más que si es un momento constitutivo del testimonio que los cristianos van actualizando a través de las épocas históricas y de los lugares geográficos y culturales. De modo análogo a la relación entre las constantes y el contexto, me gusta hablar de la única melodía que va siendo interpretada en variaciones múltiples. La teología de nuestro presente debe dejarse envolver por el ritmo y la sinfonía de voces múltiples para que realmente sea testigo de lo que está sucediendo y no sólo transmisión de contenidos doctrinales o de sistematizaciones académicas. Teología y misionología pueden de este modo encontrarse y fecundarse. La misionología (la que buscamos porque la necesitamos) debe abrirse al diálogo con la teología, pero sin perder su fuerza profética y de interpelación. Y así también estaremos en condiciones de encontrar la teología que buscamos (porque la necesitamos).

La fantasía de la memoria

El largo recorrido histórico que nos ofrece esta obra resulta imprescindible para que desde nuestro presente vayamos recorriendo las diversas instancias que han movido la revelación cristiana desde los orígenes y en todas sus dimensiones. Como reconoció de modo tan hermoso san Agustín en sus *Confesiones*, y como han experimentado los artistas y poetas, las «inmensas llanuras de la memoria» nos permiten descubrir la imaginación y la creatividad a través de las cuales los cristianos han actuado como sujetos históricos en el seno de la marcha de la humanidad. En medio de sus limitaciones y ambigüedades se hacía ver también la grandeza de quienes no se resignan a la repetición de lo mismo o a la rutina de lo acostumbrado. El ejercicio de la misión aparece de este modo no sólo como el cumplimiento de un encargo, sino como edificación de la Iglesia y construcción del mundo.

Desde este punto de vista se adquiere además una sensibilidad profundamente ecuménica. Como expresión de riqueza y no sólo como voluntad de particularismo. Porque el cumplimiento de la misión es lo que une –en sus diferencias– las diversas corrientes de la ancha tradición cristiana. La enorme anchura del cristianismo y sus incontables posibilidades pueden ser re-descubiertas y re-visitadas como gozo compartido y como estímulo para el futuro.

Situados en esta amplia perspectiva se hace además justicia a tantas iniciativas que, aun dentro del horizonte limitado de un momento, y pareciendo insignificantes para la gran historia de la humanidad, han ido generando futuro. La aportación de cada uno, de lo que santa Teresa denominaba «lo poquito que hay en mí», se convierte en la expresión de una constante que va atravesando los diversos contextos. Ello puede ser de gran utilidad para que también hoy superemos la pastoral del avestruz (que invita a mirar sólo el espacio cubierto por nuestras alas eclesiales) y la tentación del cenáculo (buscar una comodidad que a veces se confunde con un gueto) para abrirse a la encrucijada de pueblos y naciones, de culturas y de razas, tal como se despliega en Pentecostés.

La recuperación de esa historia de la misión despierta la sensibilidad con los sufrimientos y dolores que han ido acompañando la vida de la humanidad y de los cristianos que están siempre aspirando al Reino o a la nueva creación como alternativa que rompe y rasga toda acomodación y toda resignación, porque aspiran a crear siempre esperanza y reconocimiento para los más débiles y olvidados.

Un lugar hermenéutico para nuestro presente

La fantasía que nos aportan las historias del pasado puede flexibilizar nuestras categorías y nuestras estructuras. Porque se nos ofrecen claves para abrir horizontes, para superar aparentes contradicciones, para limar aristas, para conjugar las diferencias, para integrar la vida real de los hombres y mujeres de tantos siglos y tantos lugares.

Podemos encontrar en este libro los elementos para elaborar –y para llevar a la práctica– una concepción holística de la misión. Porque el diálogo con tantos intentos y experimentos, con tantos fracasos y aventuras, con tantos estrechamientos y excesos, alimentará el sentido de la fe (*sensus fidei*, que es sentido común de un lado y sensibilidad humana de otro) que permita situar cada elemento en su lugar, porque nos hará descubrir que teología y vida caminan a la par a favor de la humanidad (ya que viven de la revelación de un Dios filántropo).

La mirada al pasado no puede ser ni una búsqueda arqueológica ni una nostalgia romántica ni un trasplante automático del pasado al momento actual. Ha de servir más bien como un factor para fecundar nuestras posibilidades presentes y para ampliar el horizonte de las actividades habituales. Este libro ofrece criterios y perspectivas para evitar estrechamientos y para desbordar miradas miopes. La historia de la misión empuja –desde la humildad de la fe– a seguir pensando a lo grande.

La misionología, desde este planteamiento, ha de actuar como profecía sobre nuestros presupuestos teológicos y sobre nuestras prácticas eclesiales. Recuerda de este modo que el cristianismo se ha ido abriendo al futuro desde la misión; más aún, que la misión ha creado el futuro para que el cristianismo siga estando presente en la historia. Por ese dinamismo y esa invitación a la imaginación, puede seguir convocando a los jóvenes de hoy para que sean, como cristianos, protagonistas del futuro.

La apertura de un diálogo en nuestro propio escenario

En nuestro ámbito español la misión ha desempeñado un papel fundamental. No podemos olvidar que hoy la mitad de la Iglesia católica habla en español. Sin embargo, esa memoria no determina de modo suficiente ni la vida eclesial ni el quehacer teológico, no es manantial ilusionante de fantasía.

En Latinoamérica la misionología ha encontrado más ámbitos de presencia. En pocos años se ha convertido en referencia constante de la autoconciencia de los católicos. Hay una mayor fecundación recíproca entre las prácticas eclesiales y las formulaciones teológicas. Todavía falta, sin embargo, una consolidación y una profundización intelectual que se haga carne y sangre en la vida de las comunidades eclesiales.

En España la misionología apenas ha encontrado espacio y reconocimiento. La teología ha asumido algunos temas surgidos en la praxis misionera, pero no ha llegado a dejarse penetrar por la constante que aletea en su fondo. Los misioneros, como protagonistas de la actividad misionera, no han conseguido ofrecer una apoyatura intelectual que esté a la altura de su praxis. Sigue siendo tarea pendiente que la teología pase a través de la misión y que la misión pase a través de la teología.

Necesitamos por ello obras como ésta para ofrecer puntos de referencia, estímulos para la reflexión, perspectivas insospechadas, implicaciones inesperadas, revitalizaciones posibles... en definitiva, un modo nuevo de mirar nuestra realidad y de situarnos en ella. No tanto pensar (o hacer) otras cosas cuanto pensar (y actuar) de otro modo. Es un paso más de ese itinerario que debemos seguir recorriendo y en el cual nos ayudará enormemente la lectura de este libro.

Eloy Bueno de la Fuente

Prólogo a la edición inglesa

Me siento muy honrado de poder escribir el prólogo a un libro que probablemente va a tener un impacto significativo en los campos de la misionología y de la teología. Me resulta especialmente grato que sus autores hayan optado por hacer uso de mis tipologías teológicas como instrumento interpretativo para la comprensión de la historia de la misión. Pero aún más me satisface que el presente texto sea un excelente ejemplo del modo en que van a estar entrelazados en el futuro los campos de la misionología y de la teología. Asumiendo el riesgo de que predomine lo autobiográfico al escribir este prólogo a la obra de dos estimados colegas, me parece que puede ser útil la exposición de cómo desarrollé la tipología que ofrece la columna vertebral de este libro.

La tipología que emplean los autores de *Teología para la misión hoy. Constantes en contexto* se desarrolló cuando impartía clases a estudiantes de primer año en la Facultad de Teología de Candler, Atlanta, hacia 1970. Al conocer más de cerca a dichos estudiantes resultó obvio que llegaban a estudiar teología con una de las dos expectativas siguientes.

Por un lado, estaban los que venían con una mentalidad muy abierta, a la búsqueda de respuestas ante los profundos misterios de la vida. Anhelaban que la vida y el mundo tuvieran sentido, y se acercaban al estudio de la teología con la esperanza de poder de algún modo desarrollar un sistema teológico que colocase las cosas en su sitio. La suya era una profunda, sincera y a menudo trabajosa búsqueda de la verdad. A veces hasta el grado de que, según iban avanzando en sus estudios, la búsqueda en sí misma se convertía en la única respuesta, y el buscador encontraba sentido solamente en

el acto mismo de buscar. En nuestras conversaciones, a menudo me venía a la mente la cita de Kierkegaard respecto a un personaje de un drama de Lessing en el que éste confiesa que si Dios le ofreciera la plenitud de la verdad en la mano derecha, y la búsqueda constante e interminable de la verdad en la izquierda, elegiría la mano izquierda, porque la plenitud de la verdad le corresponde solamente a Dios. Con el tiempo encuadraría a estos estudiantes y a su búsqueda de la verdad en el marco de lo que llamé teología «tipo B».

Por otro lado, se encontraban algunos estudiantes a los que no parecían causarles especial problema los misterios del universo o de la existencia humana. Ellos habían encontrado la verdad en las enseñanzas de la Iglesia, y venían a la Facultad simplemente a profundizar en esas verdades. Conocían y aceptaban el esquema tradicional del evangelio y de la historia de salvación: Dios ha creado todas las cosas; los hombres pecaron; por eso se han apartado de la gloria de Dios, con quien tenemos una gran deuda; Jesús vino para pagar esa deuda; y para ganarse uno los beneficios de la muerte de Jesús, debe aceptarlo. Estos estudiantes conocían a grandes rasgos estas cosas. Lo único que deseaban o esperaban era resolver algunas dudas, aclarar ciertos puntos, disponer de más y mejores argumentos para defender sus posiciones. A estos estudiantes y a sus actitudes los encuadraba en el marco de lo que llamaría teología «tipo A».

Al impartir mi enseñanza a ambos tipos de estudiantes en un curso introductorio que incluía teología e historia, pronto se vio claro que el primer grupo tenía gran simpatía por Orígenes. No que estuvieran de acuerdo con los contenidos de las especulaciones de Orígenes, y menos aún que compartieran sus presupuestos platónicos, sino que les agradaba, decían, su «estilo», su actitud, su búsqueda de sentido. Cuando les explicaba a Orígenes, estos estudiantes eran todo oídos y aprendían con rapidez, mientras que los otros fruncían el ceño perplejos. Cuando llegamos a las preguntas y comentarios, resultó obvio que, aunque por caminos diferentes, ambos grupos admiraban a Orígenes por su búsqueda de la verdad; en efecto, ese era el motivo principal por el que habían acudido a esa Facultad.

También se vio claramente que al segundo tipo de estudiantes no les servía mucho Orígenes y preferían a Tertuliano. También en este caso, no se trataba tanto de estar de acuerdo con ciertas tesis de Tertuliano, sino que les atraía su seguridad, su rechazo de la especulación y su defensa de las enseñanzas de la Iglesia. La mayoría de dichos estudiantes aplaudían el mordaz e incluso sarcástico ingenio de Tertuliano. Ahora ellos, todo oídos, aprendían con rapidez, mientras el resto de la clase meneaba la cabeza con desaprobación. Cuando llegamos a las preguntas y comentarios, muchos de estos estudiantes aprobaban lo que llamaban naturaleza «práctica» del pensamiento de Tertuliano. Con el paso del tiempo, experiencias similares se fueron repitiendo año tras año, y se me hizo cada vez más claro que lo que estos estudiantes apreciaban en Tertuliano no era sólo su postura conservadora, sino mucho más: su preocupación por la obediencia, por realizar la voluntad de Dios y aceptar el ordenamiento moral del universo.

Como profesor de una Facultad de Teología cuya finalidad principal consistía en preparar pastores para la Iglesia, con ambas actitudes me sentía incómodo. Además, no soñaba con que mis tipologías hiciesen justicia a la gran riqueza del pensamiento de estos dos grandes teólogos. En efecto, al tratar ahora de describirlos, debo prevenir al lector de que lo que sigue, como toda tipología, y mi tipología teológica no es una excepción, supone una simplificación esquemática, casi una caricatura del original. Los contrastes claramente definidos están diseñados en aras de conseguir claridad. ¿De qué le sirve, se podría uno preguntar, a un pastor empeñarse constantemente en la búsqueda de la verdad, enfrascarse en especulaciones y especulaciones, tratar de encontrar sentido a la vida en el existencialismo, en el racionalismo o en el nihilismo? ¿Puede ese tipo de pastor ofrecer consuelo a los afligidos, orientación a los perplejos, sentido a la misión de la Iglesia?

Y temía las consecuencias de abastecer a la Iglesia de pastores convencidos de que ellos conocen exactamente lo que Dios quiere, y que muy probablemente asumirían el papel de fiscales ante el tribunal del Gran Juez.

Debido en parte a dichas preocupaciones comencé a promover a Ireneo de Lyon. Había notado que, al exponer su teología, prácticamente casi todos los estudiantes se sentían intrigados, incluso un poco perdidos. Les intrigaba especialmente constatar que si bien Ireneo no pertenecía a su bando, tampoco formaba parte del bando contrario. Cuando iba exponiendo lo que Ireneo dice acerca de ciertos pasajes del Nuevo Testamento que para muchos estudiantes habían resultado sorprendentes, y cuando ponía eso en relación con ciertos planteamientos de nuestros días, me sorprendía ver cómo el ceño fruncido de muchas frentes desaparecía y se convertía en expresiones de descubrimiento. Una nueva apertura, a menudo, para aprender y asumir ideas realmente diferentes de lo que previamente habrían podido suponer como resultado. Al relacionar esto con mi preocupación por formar futuros pastores, pude constatar el hecho de que, de entre los tres, Tertuliano, Orígenes e Ireneo, sólo este último había sido pastor, y era justamente él el que veía a Dios esencialmente como pastor que guía a la creación a las verdes praderas de la consumación. Así fue como llegué a esta teología «tipo C» y a tratar de inculcársela a todos mis estudiantes. ¡Ya se tratara del «tipo A» o del «tipo B», siempre administraba una buena dosis de «C»!

Todo esto, sin embargo, presenta sólo una parte de la cuestión. Al mismo tiempo que explicaba a Orígenes, Tertuliano e Ireneo, iba adentrándome fuertemente en la teología de la liberación. En el proceso, constataba de nuevo que la teología no se produce en el vacío, y además que nunca es política o sociológicamente neutral. Esto me ayudaba a explicar por qué después de la consolidación de Constantino la teología tipo C tiende a desaparecer, mientras la tipo A se convierte en dominante, aunque se agregara una fuerte dosis de la tipo B. Más adelante, cuando este tipo A parecía encerrarse demasiado, los que trataban de liberarse de ella generalmente se decidían por el tipo B. Se dan dimensiones subversivas en la teología tipo C que la convierten en sospechosa, no sólo respecto a líderes políticos, sino también con relación a líderes eclesiásticos que se apoyan en los poderosos. En cierto modo, con esta conexión me pareció

que el círculo se completaba: una cierta perspectiva teológica se amolda mejor a un determinado interés, el cual a su vez promueve a la perspectiva, y ésta apoya a dicho interés, y así sucesivamente.

Aunque no le resulte obvio al lector de cada uno de mis tres libros sobre los que trabajaba al mismo tiempo, forman en efecto una trilogía. En el primero, *Christian Thought Revised: Three Types of Theology* (publicado ahora en Orbis Books), propongo la tipología que los autores de *Teología para la misión hoy. Constantes en contexto* han decidido utilizar. Sirve como una especie de marco referencial histórico y teológico para el segundo, *Mañana: Christian Theology from a Hispanic Perspective* (Nashville, Tenn.: Abingdon Press, 1990). Aquí ofrecí una expresión contemporánea de lo que pensaba que era la teología tipo C en nuestros días. El tercer libro, *Faith and Wealth: A History of Early Christian Ideas on the Origin, Significance, and Use of Money* (San Francisco: Harper and Row, 1990), presentaba las pruebas históricas de que lo que me preocupaba en *Mañana*, y que consiste en la preocupación central de la teología de la liberación, había sido también importante en la Iglesia primitiva.

Pero realmente no había completado el círculo. No había abordado el tema crucial de la misión. La cuestión no era sencilla: ¿cómo funcionan estas tres tipologías en un sistema teológico concreto o perspectiva? Pero no solamente eso: ¿cómo esas tres tipologías coadyuban o socavan ciertos planteamientos sociales, políticos, culturales o económicos? Una vez planteadas estas dos cuestiones, la cuestión que me debía plantear, y que no lo hacía, era: ¿cómo estas tres tipologías se comportan de hecho en la práctica misionera de la Iglesia? Y a la inversa, ¿cómo la Iglesia en misión descubre, enriquece, fortalece, o cuestiona estas tres tipologías? Estos cuestionamientos debían ser planteados e investigados, no puramente en relación con las líneas teóricas de cómo se podrían articular, sino más bien viendo los recorridos históricos de cómo de hecho acontecieron. Era necesario analizar momentos y modelos concretos de misión para ver cómo esta tipología se aplica o no, cómo debería ser modificada y, más urgente y concretamente, cómo ilumina la misión hoy.

Teología para la misión hoy. Constantes en contexto plantea estas cuestiones y así amplía el círculo que pensé estaba ya completo. Ilumina tanto a la misión como a la teología. Lleno de admiración por lo conseguido por los PP. Bevans y Schroeder, ¡quisiera haber podido leer su libro antes de haber escrito acerca de las tres tipologías! El libro que el lector tiene en sus manos es excelente teología histórica y una invitación a reflexionar sobre lo que debería ser la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Y si la teología tipo C es válida, debemos asumir la historia de nuestros días como pastoreo de Dios en la creación y como categoría básica para comprender la Buena Nueva del evangelio. Todo nuestro empeño por hacer concreto el evangelio implica construir sobre el trabajo de los otros, como parte de la misma naturaleza de las cosas, incluso como la manera de la acción de Dios entre nosotros. Recomiendo a todos este libro y lo considero una lectura esencial y un soberbio ejemplo tanto de una teología histórica como constructiva. Ofrece un estudio sin precedentes sobre cómo la Iglesia ha respondido al mandato de Jesús desde los comienzos del cristianismo hasta hoy.

Justo L. González

Prefacio

Debido a que la finalidad de este libro –proponer una teología contemporánea de la misión a la luz del crecimiento creyente, siempre contextualizado, del movimiento cristiano– es realmente ambiciosa, es oportuno ofrecer una serie de aspectos de obligado conocimiento para el lector. Aunque el libro ha tratado de mantenerse lo más inclusivo posible, somos muy conscientes de la necesidad de presentar clara y sinceramente los parámetros –de hecho las limitaciones– de lo que hemos realizado.

Quizás lo más fundamental sean los parámetros impuestos por nuestro lugar social, desde el que hemos investigado y escrito estas páginas. Nosotros dos somos blancos, varones, católicos, sacerdotes, en la cincuentena, ciudadanos nativos de los Estados Unidos, ambos profesores en una Facultad católica de teología y pastoral (Catholic Theological Union de Chicago). Somos los dos hombres de fe, miembros de una congregación religiosa misionera (Misioneros del Verbo Divino) que hemos tenido amplia experiencia de vida en el extranjero en situaciones culturales distintas de las nuestras, y que seguimos comprometidos en vivir y realizar nuestro ministerio en contextos multiculturales aquí en Norteamérica. Creemos apasionadamente en la misión.

La mejor sabiduría que hemos logrado en la realización de este proyecto nos ha enseñado a reconocer como nunca antes nuestras limitaciones. *Somos blancos; somos varones; somos católicos; somos ciudadanos de Estados Unidos; hemos sido educados dentro de métodos y ambientes occidentales, ilustrados.* No obstante, creemos que nuestro bagaje personal en la teoría y en la práctica de la misión, al haber

tenido que aprender a vivir compartiendo distintos ámbitos culturales, y durante años, habernos dejado inspirar y contrastar por los colegas en los campos de la misionología y de la teología, nos ha configurado de tal modo que ha favorecido grandemente nuestra capacidad para poder escribir este libro que nos ha revitalizado, no solamente a nosotros, sino que –esperamos– revitalice también a quien lo lea.

Si bien somos en efecto productos de nuestro lugar social, también hemos ido más allá de nuestro punto de vista eurocéntrico sobre la historia de la Iglesia y hemos intentado presentar en estas páginas una historia que valora la contribución de otras razas, culturas y naciones. En realidad, nos hemos persuadido de que el cristianismo, en efecto, como dice Kwame Bediako, es una religión *no occidental*, y que la dominación occidental del movimiento cristiano mundial durante los últimos siglos ha sido sólo una etapa en el amplio escenario de la historia. El futuro, como lo ha manifestado frecuente y elocuentemente Andrew Walls, pertenece a África, Asia, América Latina y el Pacífico. Además, como ciudadanos de la nación, de momento, de mayor poder y riqueza del mundo, hemos sido retados reiteradamente a comprometernos con la justicia, la paz y la integridad de la creación para cambiar las estructuras que mantienen la pobreza, la violencia y el desastre ecológico a beneficio a menudo de los estadounidenses. Reconocemos la complejidad de estos planteamientos, pero al mismo tiempo nos sentimos obligados en conciencia a asumir la solidaridad con nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo.

Aunque hemos escrito desde la perspectiva de católicos comprometidos, hemos aprendido de la historia y de la teología maravillosa de cristianos más allá de nuestra propia tradición. Ya sea en relación con cristianos «nestorianos» de Siria oriental, con cristianos de las tradiciones de la Reforma, con evangélicos, con pentecostales o con miembros de las diversas iglesias indígenas contemporáneas, no sólo nos hemos enriquecido con su compromiso hacia la fe cristiana y con la profundidad de su teología, sino que hemos redescubierto nuestro catolicismo a través de las diversas maneras en que ellos tratan de confesar a Cristo. Aunque so-

mos varones, nuestro horizonte se ha ampliado por las innumerables mujeres que han conformado el movimiento cristiano mundial a lo largo de los siglos. Ya sea a través de líderes de iglesias domésticas en los primeros años del movimiento, de mártires como Perpetua y Blandina, de personalidades como Hildegard von Bingen y Catalina de Siena, de miembros del movimiento de las beguinas, de misioneras valientes como María de la Encarnación o de Lottie Moon, de laicas apóstoles como Dorothy Day y los miembros del movimiento de Grail, o de mujeres africanas, asiáticas, latinoamericanas anónimas que han mantenido viva su fe a pesar de la pobreza y de la marginación en la Iglesia y en la sociedad, hemos sido desafiados a reconocer nuestra propia ignorancia del pasado de la Iglesia y nuestra ceguera respecto al papel articulador de las mujeres tanto en la teología como en la práctica de la misión.

Aunque somos sacerdotes, nuestro estudio ha abierto nuestra mente para descubrir de manera nueva el papel crucial que han desempeñado en los veinte siglos de existencia de la Iglesia los laicos, mujeres y varones. La primera comunidad cristiana creció principalmente por el testimonio y el entusiasmo de la gente que sencillamente vivió las consecuencias de su vocación bautismal; el cristianismo llegó a Etiopía en el siglo IV y a China a más tardar en el siglo VII debido a comerciantes, diplomáticos e incluso a esclavos que compartían el mensaje cristiano plasmándolo en su trabajo diario; el movimiento franciscano fue uno de los muchos movimientos en la Edad Media que ofreció a los cristianos comunes nuevas maneras de vivir su identidad cristiana; catequistas laicos en Vietnam en el siglo XVII, y hoy mismo en China, representan a miles y miles de laicos, hombres y mujeres, que fielmente han evangelizado a generaciones de cristianos en Asia, África, América Latina e islas del Pacífico. Aunque somos cristianos comprometidos, hemos crecido a partir del testimonio de Justino Mártir, Alejandro Valignano, E. Stanley Jones y Lesslie Newbigin, pues todos ellos lucharon para mantener su fe cristiana al mismo tiempo que reconocían la presencia del Espíritu de Dios y de la Palabra de Dios entre los pueblos de otras

creencias y tradiciones religiosas. Nuestra mente y nuestro corazón se han engrandecido al constatar la sinceridad de los intentos de Paul Knitter, Mark Heim y Jacques Dupuis para ir más allá de una comprensión simplista del pluralismo de la verdad religiosa, y nuestro corazón y nuestra mente se han ampliado con Lesslie Newbigin, John Stott y Peter Beyerhaus, cada uno luchando a su manera para permanecer fieles a la constante misionera de la centralidad de Cristo.

Introducción

Lo que este libro pretende

En 1994, Bill Burrows, de Orbis Books, se dirigió a uno de nosotros (Roger Schroeder) para solicitarle que escribiera una introducción a la misionología para la serie de Orbis «Introducing...» En la elaboración de dicha propuesta ambos pensamos que podría resultar interesante realizar el proyecto juntos. Hoy, nueve años después de aquella invitación, el libro que decidimos escribir ha pasado de ser un texto introductorio a un estudio en profundidad que no sólo nos ha llevado mucho más tiempo del que habíamos imaginado inicialmente, sino que nos ha conducido por caminos que jamás habíamos imaginado que recorreríamos. Lo que empezó más bien como un sencillo resumen histórico ha desembocado en el descubrimiento de la importancia fundamental de la misión para la teología y de la teología para la misión, así como en la complejidad desbordante de la práctica misionera de la Iglesia tanto en el pasado como en el presente.

Este libro, pues, tal como ha ido desarrollándose y madurando, es al mismo tiempo de carácter histórico, *teología* sistemática, e *historia* sistemático-teológica de la práctica misionera de la Iglesia. Por un lado, hemos concebido este libro como una *teología sistemática* que pone a la misión en su mismo centro; por otro, hemos escrito una *historia de la Iglesia* que no sea sólo una mera colección de hechos, personajes y acontecimientos, sino una historia que está configurada por las tradiciones bíblicas y doctrinales cristianas constantes pero siempre contextualizadas. La misión cristiana está al mismo tiempo anclada en la fidelidad al pasa-

do así como exigida por la fidelidad al presente. Debe preservar, defender y proclamar las *constantes* de las tradiciones eclesiales; al mismo tiempo debe responder creativa y valientemente a los *contextos* en los que se encuentra. La historia cristiana es el relato de la Iglesia en misión. Consiste, tomando prestada una elocuente frase de Harvie Conn, en el relato del encuentro de la Palabra Eterna con los mundos cambiantes¹. Como nosotros queremos expresarlo en este libro: un relato de *constantes en contexto*.

El doble enfoque de este libro responde a dos retos importantes dentro del ámbito académico teológico, misionológico e histórico. El primer desafío, articulado por David Bosch en su obra monumental *Misión en transformación*, y por J. Andrew Kirk y Wilbert Shenk², supone construir una teología, que, inspirada por la acción misionera constante de Dios, tenga como objetivo no sólo un mayor conocimiento de Dios y de los planes de Dios sino una participación más reflexiva e inteligente en esos mismos planes. Toda teología, en otras palabras, tiene que ser una teología *misionera*. El segundo reto, expuesto de manera excelente en la historia pionera en dos volúmenes de Dale T. Irvin y Scott W. Sunquist³, exige escribir una historia de la Iglesia cristiana que recoja realmente la historia del *movimiento* mundial cristiano, y que incorpore por tanto todas las diversas corrientes del cristianismo y que relate la historia del cristianismo tal y como ha sucedido, no unidireccionalmente (de Palestina a Europa y al resto del mundo) sino multidireccionalmente (de Palestina a Asia, de Palestina a África, de Palestina a Europa), no simplemente como la expansión de una única institución sino como el surgimiento de un movimiento, no simplemente como la propagación de una doctrina prefabricada sino como el descubrimiento constante de la «infinita traducibilidad» del evangelio y de la aventura misionera.

Cómo está estructurado este libro

Para afrontar adecuadamente estos retos, hemos estructurado este libro en tres partes. En la parte I ponemos los

fundamentos para las dos siguientes. El capítulo I defiende, a través de una lectura de Hechos de los Apóstoles, que la Iglesia solamente surge *como* Iglesia cuando se hace consciente de su misión traspasando fronteras no sólo hacia el judaísmo sino hacia todos los pueblos, no sólo hacia Jerusalén y Judea sino a «Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). La Iglesia es «misionera por naturaleza» (AG 2) y se hace misionera asumiendo todos y cada uno de los *contextos* en que se encuentra. El capítulo II presenta a continuación seis *constantes*, seis temáticas doctrinales a las que la Iglesia debe permanecer fiel en todo traspaso de fronteras y en todo contexto. La interacción y articulación de estas seis constantes –cristología, eclesiología, escatología, salvación, antropología y cultura– determinarán la manera en que la práctica misionera de la Iglesia se plasmará y vivirá en los diversos períodos de la historia. Para ayudarnos a discernir los modelos recurrentes dentro de la rica diversidad de las tradiciones teológicas cristianas, hemos recurrido como a nuestros guías –en este punto y a lo largo de todo el libro– a las tipologías propuestas por el teólogo cubano-americano Justo L. González y a la teóloga de orientación feminista y de la liberación Dorothee Sölle⁴.

La parte II se centra a continuación en seis etapas de la historia del movimiento cristiano, desde la Iglesia primitiva hasta el final del siglo XX, situando cada modelo específico de la práctica misionera dentro del contexto político, social, religioso e institucional, y describiendo las dinámicas clave de cada período, e identificando los principales agentes misioneros del tiempo. Al final de cada uno de estos seis capítulos describimos cómo las seis constantes se expresan y son operativas dentro de dicho contexto histórico particular, después de lo cual sacamos diversas implicaciones con relación a cómo ese período pudiera enriquecer y plantear desafíos a la teología de la misión y a la práctica misionera hoy.

El primero de estos seis períodos (capítulo III) empieza con la Iglesia posapostólica en el año 100, y va avanzando hasta la India por el este, el norte de África por el sur y las fronteras del Imperio romano en Europa. El capítulo termina en el 301, en vísperas de que Constantino decida ha-

cer del cristianismo la religión legítima dentro del Imperio romano. El capítulo IV comienza en el 313, año del «Edicto de Milán» de Constantino, y se extiende hasta el 907. Describe los diversos movimientos monásticos que caracterizan a la misión en oriente y occidente, ya sea en las montañas de Siria, los desiertos de Egipto y Etiopía, las colinas de Italia, los bosques de Irlanda o las escarpadas costas de Escocia. Hacia la mitad de este período surge el islam, religión que cambiaría la faz del cristianismo, especialmente en oriente. El año 907 marca la caída de la dinastía Tang en China, acontecimiento político que puso fin a varios siglos de crecimiento de la Iglesia siria oriental a través de Asia y hasta China. El tercer período que tratamos (capítulo V) se ocupa de la rica y compleja vida de la Iglesia desde el año 1000 tanto en oriente como en occidente. En Europa este período se caracteriza por una serie de cruzadas para liberar Tierra Santa y por el surgimiento de las órdenes mendicantes tanto de varones como de mujeres, que dieron renovada expresión a la existencia misionera del cristianismo. Este período fue también testigo de la dolorosa división entre el occidente latino y el oriente griego, y terminó, en 1453, con la caída del Imperio de Bizancio y de su capital Constantinopla.

El capítulo VI inicia en 1492, año que simboliza toda la «Era de los Descubrimientos» y el comienzo de una nueva era de evangelización, especialmente en América y Asia, al ir desarrollando Europa finalmente el dominio mundial del comercio y de la política. Este período vio la trágica ruptura en occidente al separarse los cristianos bajo las banderas del protestantismo y el catolicismo. El período terminó en 1773, año que marcó la supresión de los jesuitas en la Iglesia católica y el inicio de décadas en que la actividad misionera de la Iglesia experimentó su marea más baja. Este caso de la actividad misionera duró sin embargo muy poco. En el capítulo VII se muestra cómo, primero en el protestantismo y luego por igual en el catolicismo y en la ortodoxia rusa, el siglo XIX cuajó un nuevo fervor misionero y el surgimiento de un nuevo modelo misionero –el modelo societario–, empezando en 1792 con la «Encuesta» de William

Carey y continuando con la renovación religiosa y misionera católica algunos años más tarde. Esta Edad del Progreso, de fermento social y de dominación colonial occidental, simbolizada por la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo en 1910, llegó a su fin con el estruendo marcial de los «Cañones de Agosto» al comenzar la Primera Guerra Mundial en 1914. El capítulo final (capítulo VIII) de esta sección nos lleva a través de los tiempos tumultuosos del siglo XX, empezando con la encíclica misionera *Maximum illud* de Benedicto XV y la formación del Consejo Misionero Internacional en 1921, a través del fermento, la transición y el caos en vísperas del Concilio Vaticano II y del surgimiento del Movimiento de Lausana en la década de 1960. Continúa con el «renacer» del movimiento misionero después de 1975 y el surgimiento de un «cristianismo mundial» nuevo y vital, caracterizado por las Iglesias Independientes de África, el mayor compromiso de los laicos en la misión, el pentecostalismo, el desplazamiento del centro de gravedad en la población cristiana hacia el Tercer Mundo y el crecimiento del número de misioneros oriundos del Sur. El capítulo termina en 1991, el año después de la publicación de la encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II, y el año de la publicación del documento católico *Diálogo y anuncio* como también del magistral resumen *Misión en transformación* de David Bosch sobre misionología y teología de la misión.

La parte III se dedica a desarrollar una teología de la misión para hoy. En el cristianismo de católicos, ortodoxos, protestantes conciliares, evangélicos y pentecostales, distinguimos tres corrientes de pensamiento que han sido el fundamento de la práctica misionera y de la teología durante el último cuarto del siglo XX. Cada uno de los tres capítulos siguientes empareja un documento católico importante sobre la misión con documentos de los ortodoxos (capítulo IX), del protestantismo conciliar (capítulo X) y del evangelismo y pentecostalismo (capítulo XI). Teólogos y misionólogos, representantes de las distintas perspectivas de cada una de esa serie de documentos, ofrecen a continuación sus aportes, y se presenta la manera en que todo esto arroja

nueva luz en relación con las seis constantes misioneras. El capítulo IX describe la teología, compartida por *Ad gentes* del Vaticano II y el mundo ortodoxo, que comprende la misión como participación en la misión del Dios Trinitario (*missio Dei*). El capítulo X perfila la visión de *Evangelii nuntiandi* y del protestantismo conciliar acerca de la misión como compromiso liberador desde el Reino de Dios. Y el capítulo XI presenta la perspectiva de la *Redemptoris missio*, y de los cristianos evangélicos y de los pentecostales, que insiste en la misión como anuncio de Jesucristo Salvador universal.

El capítulo XII nos lleva al clímax de toda la obra. Partiendo de que los tres enfoques a debate ofrecidos en los previos capítulos son válidos, en nuestra opinión, no obstante creemos que solamente una *síntesis* de los tres da garantía a una teología que puede fundar a la Iglesia en su práctica misionera en los inicios del siglo XXI y del nuevo milenio. A dicha síntesis la calificamos con el término de *diálogo profético*. Se trata de *diálogo* ya que emana de la naturaleza dialógica de la vida misionera trinitaria de Dios y de la afirmación de la bondad del contexto de la experiencia humana, santa y digna de confianza. Es *profético* en un doble sentido. Por un lado, la Iglesia en misión debe alzar su voz a favor de los excluidos del mundo, en contra de la violencia humana y ecológica, y comprometida con el Reino de Dios de justicia y de paz. Por otro lado, pese a la presencia de «reflejos de aquella verdad que ilumina a todos los hombres» (RM 5) en las religiones del mundo, debe anunciar sin dudar, con fidelidad –aunque ciertamente con todo el respeto–, el nombre, la visión y el Señorío de Jesucristo. La misión como diálogo profético debe ser concebida además como lo que es: «una realidad unitaria, pero compleja» (RM 41), y por tanto la misión hoy tiene que ser entendida como un todo constituido de una serie de elementos interconectados y críticamente interrelacionados. Si bien los documentos eclesiales y los teólogos han propuesto distintas series de dichos elementos, nosotros proponemos que la misión hoy se compone de los seis siguientes: testimonio y anuncio; liturgia, oración y contemplación; justicia,

paz e integridad de la creación; diálogo interreligioso; inculturación; y reconciliación. La misión hoy, concluimos, debe ser vivida desde una humildad valiente: valiente en el testimonio y en el lenguaje proféticos, humilde en un diálogo respetuoso.

Qué debe saber el lector de antemano

Como resulta de los párrafos anteriores, consideramos que se trata de un libro muy complejo. Para ayudar al lector a mantener centrada la mirada dentro del «cuadro más amplio», ofrecemos esquemas en cada capítulo que resumen los contenidos de forma más visual. Cada capítulo, en la sección histórico-teológica, va acompañado de uno o más mapas que muestran gráficamente la parte del mundo de la que trata el capítulo.

Debido también a la complejidad del libro, queremos destacar desde el principio que, a pesar de que contiene muchos detalles, nuestra intención no es presentar un tratado exhaustivo de teología sistemática ni una historia completa del movimiento cristiano. Cada doctrina teológica no es tratada al detalle en lo histórico o lo sistemático; cada acontecimiento, movimiento, país, personaje o cultura no aparece en los seis capítulos histórico-teológicos. En especial en la sección más histórica, notará el lector que las fechas de comienzo y fin que conforman los parámetros de cada capítulo no se ajustan estrictamente con el anterior o el siguiente. Más que una teología completa de la historia, pues, nuestro objetivo es discernir y presentar modelos, conductas en la teología cristiana que han configurado –explícita o implícitamente– la teología y la práctica de la misión de la Iglesia, y presentar y discernir también modelos específicos de actividad misionera que son influenciados y que a su vez ejercen influencia en la teología y en la vida de la comunidad cristiana.

En los seis capítulos histórico-teológicos del presente libro es importante hacer notar que la penúltima sección de cada uno, titulada: «Constantes en el contexto de...», está

escrita en referencia al capítulo II, donde las seis constantes de la misión están tratadas de acuerdo a la triple tipología de Justo L. González y Dorothee Sölle. En la última sección de cada uno de esos mismos capítulos, titulada: «Implicaciones para la teología de la misión hoy», vamos anticipando el desarrollo más sistemático de la misión como diálogo profético que se expone luego en el capítulo XII.

El lector encontrará abundantes notas bibliográficas en las citas finales de modo que pueda profundizar y estudiar con más detalle aspectos específicos de la teología o la historia que no hemos podido tratar en profundidad. Muy a menudo, por ejemplo, cuando nos referimos a una personalidad histórica concreta (por ejemplo, Henry Venn o Ida S. Scudder), sólo mencionamos el artículo correspondiente en la obra de Gerald H. Anderson et al. (eds.), *Mission Legacies* o a la obra de Gerald H. Anderson (ed.), *Biographical Dictionary of Christian Missions*⁵. En estos excelentes volúmenes el lector encontrará amplias referencias bibliográficas.

Una lista de abreviaturas empleadas en este volumen se encuentra en las páginas 39-41.